



CRO TALO

NUM. 0 - FEBRERO 1979

**A LA ESPERA
DE UN CAMBIO**

CROTALO

EDITA:

ASOCIACION CULTURAL DE PSICOLOGIA.

Colectivo de Redacción:

MANUEL ANGEL BLAZQUEZ (NANYE).
FERMIN DOMINGUEZ.
ASCENSION LACARRA.
CARLOS J. VAQUERO.
CELIA RIÑON SANZ.
IÑAQUI GARCIA PALOMERO.

COLABORADORES:

CELIA MORALES, MANUEL GIL,
CARMEN AGULLO, ANGELES
BLAZQUEZ, PILAR ROLDAN, JESUS
CAMPOS, PILAR GIL CORBACHO Y
RAFAEL BLAZQUEZ.

DIBUJOS

ELENA.

FOTOGRAFIA

JOSE VEGA.
IÑAQUI.

MAQUETACION

H. SANCHEZ.

IMPRIME

GRAFICAS E.M.A.
Miguel Yuste, 27

Depósito legal: M. 3.556-1979

ASOCIACION CULTURAL DE PSICOLOGIA.
FACULTAD DE PSICOLOGIA.
EDIFICIO CENTRAL.
CAMPUS DE SOMOSAGUAS. MADRID-23.

NO SE PERMITE LA REPRODUCCION
DE NINGUN ARTICULO SIN LA
AUTORIZACION DEL COLECTIVO DE
REDACCION.

CROTALO

PUBLICACION DE LA ASOCIACION CULTURAL
DE PSICOLOGIA

NUM. 0 - FEBRERO 1979

SUMARIO

	Pág.
— Editorial	3
— Entrevista con el Colectivo de Psiquiatrizados en Lucha	4
— Control ideológico de las cátedras	11
— Información del Congreso de Psicología de Pamplona	14
— Rechazo social de la locura: Doce hora en un servicio de urgencia	15
— El electroshock: Una experiencia personal .	18
— Somosaguas: Razones y riesgos de los cambios en nuestra Facultad	19
— Pasado y presente de un problema: La Psico- logía en España	27
— Asociación Cultural: Informe	30

El Colectivo de Redacción es una comisión autónoma integrada en la ASOCIACION CULTURAL. El Colectivo es el único que decide el contenido de cada número. Elabora todos los artículos, excepto aquellos que llevan firma. El Colectivo está abierto a todos los estudiantes de Psicología.

EDITORIAL

Muchas revistas de psicología convierten sus páginas en escaparate de ideas o en bazar de métodos y teorías. Entre las infinitas posibilidades de enfoque que pueden tener dichas revistas, ésta pretende llenar uno de los huecos existentes en nuestra Facultad, quiere recoger la psicología desde donde se hace, desde donde se trabaja, se manipula, se utiliza, desde donde se aplica o se sufre.

Lejos de convertirnos en tribuna exclusiva de comunicaciones científicas y trabajos teóricos, pretendemos en lo fundamental retomar, relanzar y analizar la realidad social en la que vive el psicólogo, esa realidad de la que tan alejada está nuestra Facultad.

Otro objetivo a cubrir va a ser la denuncia, la crítica y el análisis de los aspectos que una «educación universitaria», la nuestra, conlleva (y más concretamente nuestro campo y su facultad).

Tratar viejos problemas desde perspectivas actuales sería una tarea en la que no podemos quedarnos. Los problemas están en la vida cotidiana, en la calle, en la fábrica, el hospital, el aula. Pensamos que si llegamos a conocer esto podremos contribuir a generar un cambio, una transformación del propio sistema social, el Estado, el grupo familiar, la pareja y el hombre.

Si la resultante de un proceso represivo o nihilista burocrático y academizante lleva a los universitarios a convertirse en unos magníficos amanuenses, pasivos receptores, nuestro objetivo es, entre todos, construir una vía de crítica e iniciativa de cara a una sociedad que necesita una psicohigiene popular.

El orden de las cosas que nos rodea determina el orden de nuestras ideas, de nuestras acciones. Muchos son los problemas, todos basados fundamentalmente en la estructura y situación de la sociedad.

Sería una utopía pensar que la revista sola podría y viene a resolver todos los problemas que hemos ido planteando. El colectivo de universitarios que trabajamos en ella (y tú puedes ser uno de ellos) trata de abrir brecha, de motivar el cambio, el encuentro con la realidad.

No pretendemos ser una plataforma de un grupo existente, pretendemos poner en pie un órgano de expresión abierto de todos los estudiantes de esta Facultad.

DEDICATORIA

A la hora de cerrar este número, después de doce impensables meses, un compañero de la revista, Nanye, se debate entre la vida y la muerte.

A pesar de todo, la ilusión, el trabajo y el esfuerzo que siempre a puesto en ella se mantienen frescos entre nosotros.

Por todo esto y tantas otras cosas que sólo pueden entender los que con él han trabajado, este número, naturalmente, se lo dedicamos a Nanye.

ENTREVISTA CON EL COLECTIVO DE PSIQUIATRIZADOS EN LUCHA

EL tema de la marginación, el tema de la locura, como tantos otros en esta Facultad, se han vuelto tópicos. Ya la gente siente incluso cierto cansancio para levantar la mano cuando se rozan estas cosas en clase. No podía pasar otra cosa en esta Facultad tan al margen de la realidad social. Pero éste no es sólo el único problema. Al mantenernos al margen de la realidad social tiene unas consecuencias más graves: nosotros, los psicólogos, consideramos a los locos, a «los enfermos mentales», como seres totalmente extraños. Con este artículo intentamos destruir esa visión, acercarnos un poco a esa compleja realidad social, viva y

palpitante, de la locura. Tenemos que confesar que nos ha sido imposible reproducir los muchos matices, las mil historias aprendidas en dos reuniones con el COLECTIVO DE PSIQUIATRIZADOS EN LUCHA.

EDUARDO (Colectivo).—Podemos contarles hoy a estos tíos el rollo tal y como es, crudamente, no las versiones oficiales. Yo me encuentro con ánimos de contar mi experiencia personal. Así como el rollo ideológico no me va en absoluto...

MARTA (Colectivo).—Bueno, les podemos contar por qué estamos cada uno en el colectivo.

EDUARDO (Colectivo).—¿Em-

piezo yo, por ejemplo? En realidad... no recuerdo muy bien los primeros tiempos. Sé lo que me cuenta esta mujer, la primera vez que me invitaron al Colectivo estaba muy zumbado, muy jodido. Esto me parecía una gilipollez, un camelo... Y entonces me fui interesando como me podía haber interesado un club de fútbol. Exactamente lo mismo. Porque era un momento en que yo me había autoprogramado para realizar actividades... Estaba muy sumergido en el mundo de los locos. Entonces un colectivo de este tipo cuadraba muy bien con las circunstancias de entonces. Creo que fue básicamente por eso: por hacer algo. Reconozco que la función



social que pudiéramos cumplir, las miras altruistas... Me las traían completamente flojas.

FERMÍN (revista).—Y a nivel personal, ¿qué representaba para ti el Colectivo? Aparte del hecho de hacer algo, ¿esperabas personalmente algo concreto o eras altruista?

EDUARDO (Colectivo).—No, no... Si decimos las cosas como son, que sean como sean. Yo no esperaba particularmente nada del Colectivo... Bueno actuaba un poco mecánicamente.

NANYE (revista).—En cualquier caso, yo pienso que hay una cosa que es importante. Tú dices que podrías haber entrado en el Colectivo como en un club de fútbol. Y yo pienso que... Bueno, supongo que tú has estado internado, en tratamiento psiquiátrico, o algo así... Entonces algo debió pasar, que no entrastes precisamente en un club de fútbol.

EDUARDO.—¿Por qué entré aquí? No sé, quizá era una forma

de protagonismo. Para mí el Colectivo ha sido, y sigue siéndolo... (risas). Si yo me meto en un partido político, hasta que pueda soltar mis cuatro palabras coherentes y que los demás me escuchen, pues me tengo que pasar años. Sin embargo, dentro del Colectivo... Yo era de los locos listos del hospital de día, la ideología del Colectivo era más o menos la de allí... De hecho he sido el loco listo durante bastante tiempo.

NANYE.—Pero de hecho eso era asumir un protagonismo descalificador socialmente, ¿no?

EDUARDO.—¿Cómo descalificador?

NANYE.—No se puede ser un líder general de la sociedad, empezando porque eres un psiquiatrizado. No sé si te das cuenta del peligro de la situación, de la significación social.

EDUARDO.—¡Hombre! Es uno de los límites que le he visto (risas), es uno de los límites que le ví al Colectivo desde hace tiem-

po, como psiquiatrizado tu campo de actuación es muy estrecho, no sé si te he contado... O sea: que el protagonismo social no lo puedes tener plenamente como psiquiatrizado y en cuanto tal. ¿Era esa tu pregunta?

NANYE.—Sí, más o menos.

EDUARDO.—Bueno, ¡pero era una pequeña parcelita de protagonismo!... (risas). Hay que ser modestos... (risas). Era una pequeña parcelita y entonces como me dijo una tía que no está aquí: a mí es que me va el rollo de largar conferencias... (risas) ¡Vamos, me va ese rollo! Hemos dicho que contábamos la verdad ¿no?... (risas).

MARTA.—¡Qué horror, qué desmitificación del rollo!

NANYE.—No os preocupéis por bajar, porque pondremos uno de vuestros artículos oficiales, de esos que publicáis en otras revistas, para que la gente se dé cuenta de vuestra verdadera altura... (risas).

EDUARDO.—Incluso tengo que decir que ni siquiera estoy muy convencido de la ideología del Colectivo, de si me la creo y más todavía de cómo me la creo. Porque sobre todo el origen social de la locura, yo es una cosa que... Bueno, no sé por qué me niego a verlo, porque en el fondo hay un origen social en la locura...

TERESA (*Colectivo*).—Y si no sabes por qué y lo quieres ver, luego te lo explico... Es tu problema psiquiátrico... (*risas*).

EDUARDO.—No, es que estaba pensando ahora en todo el rollo del poder y eso es una problemática social. Cuando Acosta el otro día me decía que yo iba de nazi por el mundo, sí, es que yo utilizo la expresión «personalidad monolítica» y entonces me dijo eso suena al Valle de los Caídos, a Hitler. Y entonces yo le dije: que sí, que yo tenía rollo con el fascismo, es cierto, ¿por qué lo voy a negar?... Pues entonces esto era una forma de protagonismo, de aparecer en un sitio y durante breves minutos estar ocupando el asiento del estrado, ser tú el experto, aparte de todo el rollo macabeo de decir: mira aquí, un loco que ha superado su locura. Aunque luego los hechos han demostrado que yo no he superado mi locura todavía y entonces ahora estoy más modestito... (*risas*). Pero era muy alentador decir eso. Lo que decíais el otro día vosotros: tal y como hablásteis en Psicología sois más coherentes que cualquiera. Como me dijo a mí un tío de Santander, que se me acerca y me dice: ¡Joder, tal y como habláis en público, los que estamos locos somos nosotros y los sanos vosotros...! Cuando te dicen eso te sientes muy macho, que sí.

ISABEL (*Colectivo*).—Pero no te lo crees ni de coña.

EDUARDO.—Sí, eres una puta mierda que sabes montar el rollo durante quince minutos. Mira lo que me ocurrió durante la última charla que hice en Pedagogía: que me puse en plan chulo a decir: no sé qué, no sé cuanto, y Marta es testigo de que me vino el rollo y

me tuve que ir... (*risas*). ¡Eh!, pero es que somos muy chulos.

NANYE.—Entonces te asaltó la locura real...

EDUARDO.—No la locura de la que se habla, luego te llega la locura real es la cosa más jodida, más criminal..., más absolutamente inenarrable...

MARTA.—Exactamente.

EDUARDO.—Es absolutamente inenarrable. Una tarde como la que pasé yo ayer. Una de las tardes más locas que he pasado en mi puta vida... No hay categorías verbales donde meter eso. Te da la impresión que cuando estás hablando en público estás haciendo ideología, pero no hablando de la locura... Que no tiene nada que ver con lo que dices en público.

MARTA.—Pero si tiene que ver, ¿no?

EDUARDO.—Sí tiene que ver, pero es un poco..., abstraer demasiado.

ISABEL.—Es que no puedes transmitir...

MARTA.—El rollo de la locura es que no se expresa.

(*Varias intervenciones a la vez*)

TERESA.—Es que tú estás en un momento ahora que te crees que tus vivencias de locura son absolutamente de magnitudes esquizofrénicas, y entonces no hay nada comparable ni verbalizable, yo las estoy pasando contigo, oye y son verbalizables para mí, para ti no, claro.

MARTA.—Lo que no son es transmisibles, no hay locuras iguales, cada una es una experiencia.

TERESA.—Pero no es algo que no tenga nada que ver con lo que decimos en artículos y conferencias.

EDUARDO.—Claro, claro, claro que tiene algo que ver, y se puede intentar contar, pero nosotros vamos por el mundo como locos chulos (*con ironía*). Yo no sé si la gente se cree que estamos locos o no, precisamente por lo chulo que vamos. Porque aquí estamos por lo menos cuatro personas, a ti, Isabel, no te conozco mucho, que sé que las pasan jodidamente mal.

Y eso en las intervenciones públicas no aparece. Allí parece como si hubiéramos superado la cosa. Y no es cierto.

TERESA.—Eso lo has vivido tú así porque has estado robotizado. Saliste diciendo: ¡yo estoy curado, yo estoy curado!, y luego no es así.

EDUARDO.—Pues quizás sólo sea entonces mi caso. Pero yo lo vivía así: «día a día le estoy ganando un centímetro a la locura, le estoy ganando medio metro, le estoy ganando un metro. Dos. Hasta que... Bueno, el otro día tuve una crisis de angustia, estuve dieciocho horas de tocarte los cojones y eso claro me sirve para ver que no es tan lineal el asunto, que voy a estar jodido durante mucho tiempo, quizá siempre... Pero yo era muy chulo, me iba muy bien sentarme en la mesa y largar el rollo, la revolución social, las ideologías y cosas que yo personalmente no siento demasiado, o las siento de una forma muy retorcida. Servía también todo esto como un vehículo de contacto con otra gente de propósitos revolucionarios o algo parecido. He encontrado una especie de puente común con esta gente.

MARTA.—Es que tú eres una persona muy aislada.

EDUARDO.—No, pero...

MARTA.—El loco es una persona tremendamente aislada, es muy importante señalarlo.

EDUARDO.—Estaba pensando ahora si el Colectivo me sirve como punto de referencia, como integración en un grupo. Y es ambivalente: por una parte sí, pero por otra me cabrea integrarme en un grupo de locos.

MARTA.—Sí, a ti siempre te ha cabreado negarte a la normalidad.

TERESA.—Con el miedo, pavor y espanto que te daba pensar que no estabas curado.

EDUARDO.—Sí, puede haber algo de eso, de que existe un grupo en el que creo que soy alguien, no el más macho, pero sí un elemento caracterizado y en el que me siento integrado.

FERMÍN.—Esa soledad que

apuntaba Marta, como cualidad anexa a la locura, en realidad, ¿podría ser uno de los fundamentos base del Colectivo?

TERESA.—No tanto por eso, yo te digo por mí, los que empezamos el Colectivo éramos en realidad los listos del hospital de día. Los que más interveníamos, los que sobresalían del ambiente... Y empezamos a cabrearnos por la situación que nos había hecho enloquecer, no sólo a nosotros, las presiones sociales son más generales y hay mucha gente sin un cable para reaccionar, entonces quizá la base es la soledad, yo sola no puedo salir, contarle ya sólo era importante, aceptar tu propia locura...

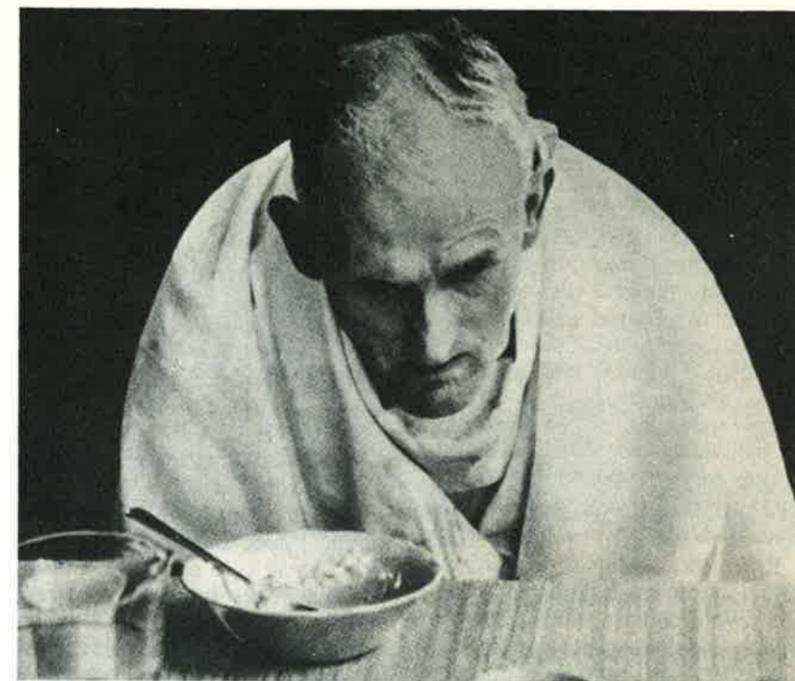
EDUARDO.—Pero tus intervenciones públicas, ¿te resultan catárticas?

TERESA.—Era como un desahogo, yo en mi rollo con las mujeres... Bueno, me dan ganas en cada esquina de agarrar a las mujeres por la solapa y sacudirlas: mujer reacciona... No sé si es catártico, pero es sacar un cabreo, contra mí misma y por la gente, por no haber reaccionado antes al medio que me enloqueció, exteriorizarlo. Tanto años en silencio, ahora hablo.

EDUARDO.—Pues lo siento, pero a mí no me resultan catárticas en absoluto.

TERESA.—Porque hasta ahora no eran las tuyas, sino las de un Eduardo curado y robotizado. Serán catárticas cuando sean sinceras. Yo lo que he dicho, poco o mucho, es siempre cierto.

MARTA.—Bueno, por qué me metí yo en el Colectivo, ¿no? Mi historia de tratamiento psiquiátrico empezó cuando yo tenía dieciséis años y todavía sigue ahora que tengo veintinueve. Me di cuenta poco a poco, sobre todo en los dos últimos años, de que el problema de mi locura lo había siempre tapado. Tratar de aparentar ser normal, que la gente me aceptara. Durante nueve años los psiquiatras me metieron en la cabeza la sospecha de que si yo estaba loca, algo funcionaba mal en mi cabeza, que yo tenía la culpa



de mi locura. Me sentía rechazada si no aparentaba ser normal. Durante el último internamiento en el Doctor Esquerdo, tuve mucho tiempo para hablar con la gente, incluso los clasificados como crónicos, empecé a comprender: primero, que la locura no era contagiosa como los psiquiatras dicen, que hay que ir con gente poco problemática para no acrecentar los tuyos. Esto era mentira. Me di cuenta de que se nos trataba de una forma inhumana, como si fuéramos animales o vegetales. Según los psiquiatras, la única salida es ponerse en sus brazos, en su seno paternal y alejarte de los que tienen problemas. Entonces empecé a montar una experiencia en esta casa de gente que no quería ir al psiquiátrico; en concreto, Lourdes y yo no queríamos volver nunca más. Empezamos a vivir juntas con Isabel, que estaba en tratamiento ambulatorio y empecé a querer demostrar que los locos no éramos tan irracionales, tan distintos a los normales. Así empecé a demostrar que los problemas que resultan de vivir los locos entre

ellos no son ni la mitad de problemáticos que los follones que se organizan en una familia corriente. Tomé una conciencia del problema social de la locura, de no ocultarse ni avergonzarse. Me di cuenta de que la locura es revolucionaria, no en sentido teórico, no porque un loco sea rojo, porque es la cristalización en una persona de toda una serie de problemas sociales, de instituciones, como la familia, etc., que esa persona era como un chivo expiatorio, como si el loco lo estuviera para que lo demás pudieran ser normales. La locura, él la ha llamado de la locura general de la sociedad. Que la locura era revolucionaria era evidente, pero no podía montar un cirio en un psiquiátrico o en la calle yo sola, tengo que buscar a gente que esté en mi situación, eso fue lo que hice. El año pasado estuve corriendo detrás de los carteles que anunciaban cosas del Colectivo de Psiquiatrizados en Lucha, en las cabinas de teléfono..., tratando de encontrarles. En noviembre, en una charla en la Sociedad de Amigos de la UNESCO,

que estaban Ramón y Eduardo, ellos hablaban de locura y no de enfermedad mental, había preguntas de la gente, ¿por qué os llamáis locos?, ¿por qué os auto-degradáis? Yo pensaba, ¿por qué los negros hablan del poder negro?, me levanté y dije: yo también soy loca, y entiendo porque no sólo estoy, sino que soy loca. Y entiendo porque mis compañeros hablan de que están locos.. No tenemos un sarampión o virus extraño de locura, sino que somos sencillamente locos, y no enfermos mentales. Y por tanto que los psiquiatras se pongan los electrodos en los cojones (risas)

VARIOS.—Buena conclusión (risas).

EDUARDO.—Marta, de puro revolucionaria vas a resultar la menos revolucionaria, porque eso lo dicen todos.

NANYE.—Sí, sólo que en este caso es verdad y eso la salva.

ISABEL.—Bueno, yo no sé cómo empezar. Vamos a ver... Llevo tres años de tratamiento ambulatorio. Durante todo el tiempo que yo me he sentido mal, a los quince años o así empecé, se me empezó a somatizar todo de una forma acojonante, sobre todo en el estómago, se me empezó a caer el pelo, perdí la regla, me agarraba unas depresiones acojonantes, como nunca las he vuelto a tener, pues ahí empezó la cosa gorda. ¿No? Y entonces tendía a ocultar lo que me pasaba. Con los demás y ante mí misma. Cuando me sentía mal trataba de ocultarme, de no salir a la calle, meterme en la habitación y que se me pasara. Me daba muchísimo miedo el exteriorizarlo, porque no me iban a aceptar con mi problema... No sé, cuando empecé el tratamiento lo hacía como si no tuviera importancia y, sin embargo, he ido aceptando que no es un problemilla, que a mí me afecta vitalmente, que es una cuestión a vida o muerte, se puede decir así. Aquí en casa de Marta empezamos a hablar de exteriorizar esto, de crear un grupo donde integrarnos, porque no podíamos seguir viviendo con nuestras familias.

Yo me sentía muy identificada, porque para mí salir de casa fue un poco salir del foco, del origen de mi locura...

(Suena un timbre.)

EDUARDO.—Sí, es Ramón, es el socio fundador.

ISABEL.—... que bueno, que gente que no podía vivir con su familia y que tampoco quería estar internada, necesita un sitio tranquilo, veámos la posibilidad de alquilar un piso y entonces cuando nos enteramos de que existía un Colectivo de Psiquiatrizados en Lucha, pues nada nos pusimos en contacto con ellos para entrar. De todas formas yo tengo que decir que a mí me dio mucho miedo entrar en el Colectivo. No sé si te acuerdas, Marta, de un día que fuimos a una reunión y que me entró una depresión y me quería ir, en realidad fue una defensa: el miedo a entrar en un Colectivo de locos. Tampoco tenía muy claro si yo estaba loca o no, hasta que...

EDUARDO.—Por cierto, quiero hacer un inciso, este Colectivo nunca ha sido de terapia, ¿eh? Quizás hoy sea la primera vez que estamos contando a nivel oficial, por así decirlo, historias reales, pero nunca ha sido un grupo de terapia, en absoluto, para nada.

ISABEL.—... pero, poco a poco me he ido dando cuenta, teniendo una progresiva concienciación de mi propia locura, y no sólo eso, también de las implicaciones sociales que había tenido para mí todo lo que me pasa..., los orígenes familiares y sociales que habían tenido. Irme dando cuenta a la vez de una posible obra, irme integrando en este Colectivo. Por otra parte, yo estuve en una organización política varios meses...

EDUARDO.—¿En cuál?

ISABEL.—En..., bueno es que me dá un poco de vergüenza decirlo... (risas). Pero yo no me sentía identificada en el fondo, en el Colectivo me ha pasado todo lo contrario. La lucha por un cambio social se concreta de una ma-

nera mucho más clara en el problema de la locura. O sea, que la gente enloquece. Entonces la lucha que estamos llevando en contra de las estructuras sociales la vemos más eficaz desde este punto de vista, ¿no?... Yo me siento más identificada desde luego con el Colectivo que con cualquier organización.

NANYE.—Y asumiendo la locura, ¿no se corre un poco el peligro de perpetuarla? E incluso si el Colectivo tiene sentido en cuanto que asumía la locura y se crean toda una serie de lazos afectivos entre vosotros, cabe la posibilidad de que lleguéis a estar sanos, de que lleguéis a formar un grupo e incluso a la vez seáis realmente cerrados a los locos reales. A los que se han dado esta alternativa.

EDUARDO.—Eso es una pregunta muy puta. Muy puta, muy puta.

ISABEL.—Yo personalmente, desde que estoy haciendo psicoterapia me siento menos loca que antes, esa es la verdad... Y, sin embargo, eso que tengo es más consciente que todo lo gordo que tenía antes. ¿Entiendes?

MARTA.—¿Puedo decir una cosa? Yo siempre con el rollo de los negros... ¿no?... (risas). Bueno es que yo soy judía.

EDUARDO.—¡Ah!, pero eres judía, ¿eh?... Y yo sin saberlo.

FERMÍN.—El nazi... (risas).

MARTA.—Si hay un movimiento en USA como, por ejemplo, los Panteras Negras, yo me pregunto que si su rollo precisamente por ser el grupo más concienciado de la segregación racial ha potenciado o no el movimiento de liberación en USA. Es lo que pasa aquí. Si hay unos locos que son conscientes de su locura y están dispuestos a luchar, digamos en vanguardia contra el electrodo y tantas otras cosas. Yo personalmente he sufrido varios «tratamientos», es decir, si hay unos locos que son conscientes, porque no nos olvidemos que dentro de los hospitales hay pocas posibilidades de lucha y peligrosísimas posibilidades de reprimir

cualquier intento, me pregunto que si eso no abre una lucha, a escala muy general, a todos los locos contra la represión que están sufriendo y una conciencia de que su problema es social; el que haya una vanguardia no me parece en absoluto el que esto se convierta en los hermanos de la caridad. Si no todo lo contrario, empezando porque aquí pueden entrar todos los locos.

EDUARDO.—Es que eso es una pregunta muy puta, ha hecho una pregunta muy concreta y es que nos asociamos, nos juntamos y perpetuamos la locura (hablan muchos a la vez y no se puede entender la cinta; en resumen se dice aproximadamente que éste nunca ha sido un grupo de terapia, aquí nadie se regodea en su locura, éste es un Colectivo de lucha).

TERESA.—Este es un peligro de todos los grupos. Pero nosotros no estamos en plan de amiguetes que nos conocemos y estamos toda la vida así porque unas veces caen unos y otras otros... Que es lo que pasa con AMAP (Colectivo de Barcelona), que se reúnen todos fuera de las horas de terapia para en alguna medida contagiarse su depresión. Es el peligro que yo veo en un Colectivo así. De ahí mi cabreo con AMAP, de que fuera de horas de terapia se reúnen los locos y tengan una depresión en que unirse. Ese es un peligro. Salir los jueves todos de la mano y decir: ¡qué solos estamos, nadie nos quiere, lloremos, buaaa...! Y que se podría hacer eso y es cómodo, pero nosotros no lo hemos hecho, no funcionamos así.

EDUARDO.—Porque somos muy chulos y muy revolucionarios (irónicamente).

ALGUIEN.—Eso lo serás tú... (risas).

(Discusión entre varios; no se entiende la cinta.)

EDUARDO.—Es cierto que somos muy chulos...

MARTA.—(Cordialmente y riendo). Sí, estás en un acto público tratando de hablar en un



lenguaje racional de la locura y de pronto te da el putuflús y te vas a tu casa diciendo: he enloquecido otra vez, he enloquecido otra vez, como ha podido pasarme, he enloquecido otra vez...

(Risas, discusión entre todos.)
MARTA.—(riéndose) eso es cojonudo.

EDUARDO.—Cojonudo para ti, Marta.

TERESA.—Claro, para ti no, que te lo tienes prohibido.

MARTA.—Yo no, porque he estado hablando en el Ateneo Libertario de locura y he llegado aquí y me he puesto en posición fetal, babeante en mi cuarto, y queriendo tomarme un biberón... No me avergüenza ahora, antes me habría sentado fatal.

TERESA.—Claro y (a Eduardo) tú como te lo tenías prohibido por decreto «yo estoy curado», «yo no enloquezco»... (risas). No me extraña que estés en una nebulosa ideológica: Una cosa es el Eduardo que enloqueció, otra el Eduardo robotizado y ahora, ¿quién eres? ¿tienes que ser un Eduardo más coherente que el que se intentó suicidar?, ¿un Eduardo integrado en un ambiente y que de vez en cuando enloquece? (risas), todavía no sabes cómo manejarte (sonriéndole).

NANYE.—Bueno, ¿y tú?

TERESA.—Yo ¿qué?

NANYE.—Tú faltas todavía.

TERESA.—Pues nada, el asunto... Mi problema básico es el de todos los locos, la soledad desde que era así de pequeña y luego se van añadiendo factores y que uno no se rebela. Yo me cabreo porque... (sonriendo) con lo rebelable que soy (risas).

EDUARDO.—Pero, ¿cómo coño vas a salir de tu soledad?

TERESA.—No me empieces a dar consejos que tú estás tan loco como yo (risas). Yo por no rebelarme somatizaba. Me agarré una especie de cosa extraña que hasta de lepra me estuvieron tratando. Ya estaba a punto de morirme, cuando a alguien le sonó el gong y dijo: ¿a lo mejor un tratamiento psiquiátrico?... y así se me fue la lepra. Entonces me di cuenta de que lo que pasaba es que estaba loca... Yo me había impuesto una norma de vida y había que rebelarse porque me estaba muriendo.

NANYE.—En rebelarse creo que hay un problema. Transgredir una norma es sólo sobrepasar una raya que es un aviso. Y el problema no es pasar la raya. Si no que hay gente que luego golpea. Por ejemplo, en sobrepasar no ser

fiel a tu marido, el problema no es rebelarse contra la norma, en eso quizá encuentra alguien la salud, sino que con las presiones del ambiente, que luego se ponen en juego, una persona puede ser destruida. Es un problema parecido a la aparición de tantos síntomas patológicos en grupos que empe-

zaron a luchar contra el franquismo.

TERESA.—Ya, las normas sociales a veces te protegen de eso. Yo me rebelé y he dado un salto al vacío... Ahora yo, ¿quién soy? Estoy colgada del vacío más absoluto.

EDUARDO.—Mira eso es como

si tú me dijeras: ya que tienes problemas de dependencia con tu madre, rompe con tu rol de hijo, claro yo rompo y, ¿en qué me cuelgo? Me quedo más en cueros que...

TERESA.—Yo creo que nuestros problemas son los mismos que los de toda la gente, pero que los hemos vivido con patología exageradamente... Mi problema, mi determinación y mi actual vida la hacen cada día quince millones de personas. Unos enloquecen y otros no...

NANYE.—Me parece que no me habéis contestado a la pregunta. Freud ha descubierto que a veces la represión engendra neurosis. Eso es verdad. Yo lo que digo ahora es que la norma social es un aviso de que no hagas algo porque alguien reaccionará. Voy a pegar un golpe si sobrepasas esa línea. El problema es la gente que recibe demasiados golpes...

MARTA.—Yo creo que los locos no tienen el peligro fuera, ellos llevan su policía en la cabeza, quizá el peligro empieza fuera, pero la locura son tus propios fantasmas....

Al llegar a este punto la cinta se nos escañó, volviéndose totalmente loca (de todo lo hablado sólo hemos recogido un poco menos de una hora). Se hablaron de tantas cosas que nos es imposible reproducir la continuación de la conversación. Es una pena que se escañara la cinta, porque todavía Miguel Angel y Pilar no habían explicado cómo llegaron a integrarse en el Colectivo. Miguel Angel contó una historia mitad cómica, mitad triste, entrañable, de cómo él, totalmente loco solitario, sentía que sería rechazado por el Colectivo, no había sido internado nunca y eso era un requisito para entrar, en lenguaje casi místico: «todavía no he sufrido suficiente...» Y en medio de toda la conversación, la radical declaración de Marta: Yo me siento marginada en este orden: por ser persona, por ser loca, por ser trabajadora, por ser mujer, por ser madre soltera, por ser hija ilegítima, por ser judía...



CONTROL IDEOLOGICO DE LAS CATEDRAS*

Es difícil desvelar las historias concretas ocurridas durante años, que ilustrarían el control ideológico ejercido en las cátedras de universidad. Los mecanismos de dominación, en parte, funcionan sustrayéndole a la gente el conocimiento de la miseria del poder.

El poder muestra sólo aquella cara de limpieza, de orden y de trompetas de sus charangas. Ocultando las verdades cotidianas, el poder empuja a la oposición frecuentemente al esquematismo, a la literatura panfletaria. Se intuye que algo huele mal, pero es difícil conocer los hechos concretos. Cada uno sólo conoce su opresión, y ésta demasiadas veces jugamos a ocultarla.

En abstracto, el mecanismo empleado para controlar las cátedras fue, en primer lugar, el desmantelamiento casi general de la Universidad de la República.

Así, muchos profesores fueron a engrosar la larga lista de muertos, exiliados o depurados que produjo la guerra civil. Estos cuadros fueron sustituidos por personas provenientes exclusivamente de las familias del régimen. A partir de aquí, la lógica es sencilla: Si los tribunales de oposiciones a cátedras los forman estos cuadros, entonces para entrar hay que estar «apadrinado» por ellos.

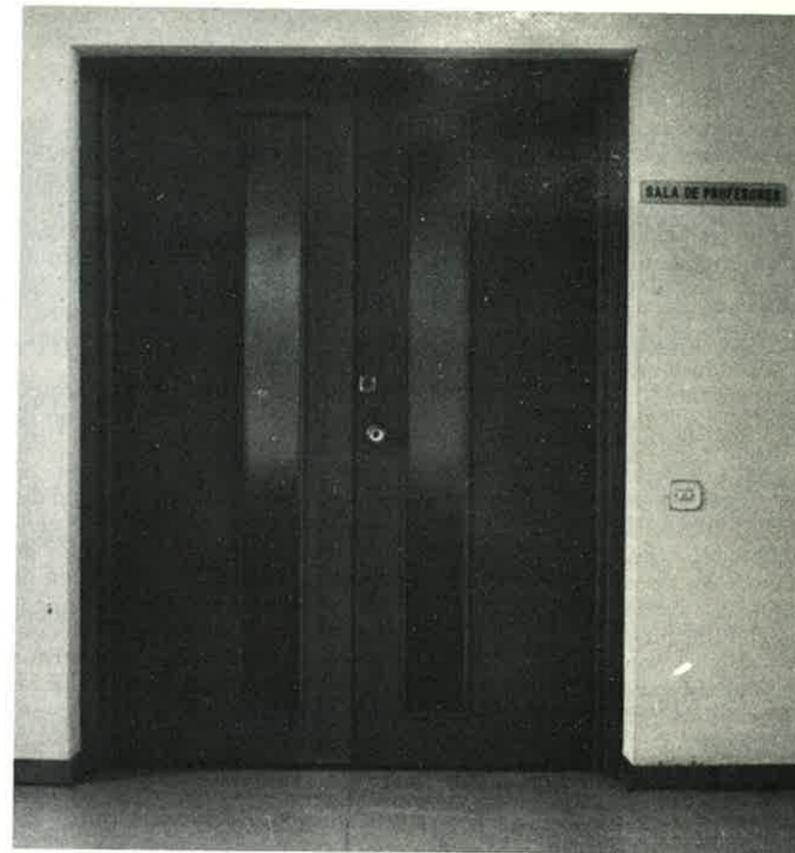
Así, para llegar a ser catedrático hay que pertenecer a tales familias o irse adaptando poco a

poco a sus maneras e ideas (1).

Este es el mecanismo en general. En concreto, conocer estas prácticas es más difícil. Los que intentan desvelar parte del aparato de dominación y su funcionamiento chocan con la resistencia y ocultaciones del poder.

Quizá los sociólogos no han re-

flexionado suficientemente en esto cuando le dan vueltas a la cuestión de si es posible conocer objetivamente la realidad social. El sentido de este artículo no es reconstruir ahora toda la historia del control ideológico de las cátedras. Nuestro objetivo es tan sólo contar una de esas mil histo-





rias concretas, una más, ocurrida el curso pasado. El hecho es este:

El «apadrinado» cuenta con el apoyo de cuatro de los siete miembros del tribunal: uno del Opus, otro simpatizante, uno de ACNP y una senadora conocida por sus simpatías políticas. Hasta aquí todo normal: para presentarse a cátedras hay que contar con el apadrinamiento de algún miembro del tribunal. Esto pasa tanto, que más que una cosa denunciante parece como la esencia de la vida misma.

Pero el caso es más curioso: otro de los opositores denuncia al opositor apadrinado por haber copiado la memoria (2). El tribunal decide por mayoría que no hay que investigar el caso, que el denunciante presente las pruebas. Efectivamente, éste puede presentar las pruebas: la memoria ha sido copiada literalmente en una buena parte de otra ya presentada en su tiempo por un profesor de

Barcelona. Resulta, además, que el opositor denunciado es reincidente. Ya había abandonado otra oposición anterior. A pesar de esto, el tribunal decide por mayoría (mayoría de cuatro, naturalmente) que el caso no tiene importancia y el opositor obtiene la Agregaduría de Economía Política de Valencia.

Hubo entonces varias protestas. El rector de Oviedo, uno de los miembros del tribunal, protestó ante el Ministerio por tal irregularidad. El Ministerio no dio importancia al caso. El señor Prados Arrarte, catedrático de Economía Política de Derecho de la Complutense, otro de los miembros del tribunal, no conforme tampoco con la decisión (por cierto, Prados Arrarte ha estado separado de su cátedra durante veintitrés años por haber sido militar republicano y haber sido después uno de los del «gobierno de Munich») quiso demostrar públicamente la falsedad

de la argumentación del Ministerio por reducción al absurdo: «si para sacar una cátedra, copiar un ejercicio no tiene importancia, entonces menos la tiene que copien mis alumnos en asignaturas de la carrera. Si se puede ser catedrático copiando, entonces se puede ser abogado de la misma forma». Y ésta es la experiencia que hizo en su clase inmediatamente después. Llegó al examen parcial (que no es un examen oficial) contando la irregularidad ocurrida y diciendo que de la actitud del Ministerio se deducía que no tenía importancia que copiaran. Si el Ministerio reaccionaba porque un profesor dejaba copiar en sus exámenes, entonces Prados Arrarte demostraría que más grave aun era copiar un ejercicio de la oposición a cátedra. Hay que agradecer a Prados Arrarte este ejercicio de humor lógico-jurídico ante el poder.

Quizá el Ministerio tiene sentido del humor, y no puede reac-

cionar por el desarme lógico de su argumentación. Quizá al Ministerio no le importe excesivamente que un profesor deje copiar en sus exámenes parciales, pero el poder no tolera fácilmente que se manche su imagen desodorizada, que se manche su cutis rosa y bien alimentado, que se saquen a la luz pública estos asuntos y así le han rondado a Prados Arrarte insinuaciones de que podría abrirse un expediente (por cierto en la Facultad de Derecho se cursan con toda normalidad expedientes a los alumnos que son sorprendidos copiando).

Irregularidades de este tipo no son excepcionales. Por ejemplo, el ya fallecido Elías de Tejada (catedrático de Derecho) hacía una cuestión personal: que no entrara nadie de izquierdas, incluso llegó a decir con motivo de las últimas oposiciones a cátedra de Filosofía del Derecho: «que no esperen (los PNN) pasar una oposición de aquí a diez años si no es-

tán conmigo» (3). Y estos casos no ocurren sólo en Derecho. En Medicina, un hijo de Aguilar Navarro, el senador socialista, ha sido descolocado de una oposición por un procedimiento ingenioso: igualar a todos los opositores en el ejercicio práctico, uno de los que más demuestran la valía de cada uno, y restarle luego puntos en los otros. Un miembro del tribunal comentó que un hijo de tal señor no podía ser catedrático aquí. En Filosofía, por poner otro ejemplo más (un poco más antiguo), Rubert de Ventos abandonó desmoralizado la oposición con una alusión al color de las camisas del tribunal, etc.

(*) *Historia de la España Franquista*, pág. 94, Max Gallo. Ruedo Ibérico, 1971.

(1) Este sistema de control fue bastante eficaz. Así, incluso catedráticos bastante liberales o situados hoy todavía a la izquierda han sido falangistas cuando eran jóvenes. (Afortunadamente, como decía un catedrático al que hemos visitado para

hacer este artículo, quizá eran falangistas, pero no unos cabrones... Con ellos y tantos otros que se hicieron descreídos a fuerza de miseria cultural del franquismo y de corrupción, se iniciaron las fisuras en el control monolítico.) Pero de todas las familias del régimen, la que indudablemente obtuvo más éxito fue el Opus Dei. Como dice Max Gallo*: ... (a través del CSIC). Esto significaba en la práctica dominar la enseñanza superior, asegurándose el control de las cátedras, dispensando créditos, otorgando favores, dirigiendo revistas —*Arbor*, a partir de 1943—. En suma, desde 1939 el Opus, con el apoyo del régimen de Ibáñez Martín, trata de influenciar y subyugar a la inteligencia española dominando la Universidad, por donde pasan y en donde se forman las élites y los mandos del país.)

(2) La memoria es el segundo ejercicio de la oposición. En éste hay que exponer la memoria durante una hora y depositar un ejemplar. La memoria consta del contenido, los métodos y el programa de la disciplina según el opositor. Para juzgar de la importancia que este ejercicio tiene en las disposiciones vigentes hay que tener en cuenta que es uno de los dos que están sometidos a «trínca» (los opositores se despellejan mutuamente).

(3) Revista *Crónica*, de la Asociación Cultura y Derecho. Artículo firmado por estudiantes y profesores de la Facultad de Derecho. Madrid. Diciembre de 1977.

INFORMACION DEL CONGRESO DE PSICOLOGIA DE PAMPLONA

VI CONGRESO NACIONAL DE PSICOLOGIA

Sociedad Española de Psicología
Pamplona, 16 al 19 de abril de 1979

Se recuerda a todos los socios que las Ponencias y Mesas Redondas del Congreso son:

Ponencias

Inteligencia y Lenguaje. Profesores Mariano Yela y Miguel Siguán.

Fenomenología de la percepción. Profesor Rodríguez Rosado, profesor de Metafísica, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Navarra (Pamplona).

Análisis de los determinantes biológicos de la conducta. Profesores Carlos Ballús y Miguel Sánchez Turet.

Mesas Redondas

Génesis de las operaciones lógicas y memoria humana. Profesor Juan A. del Val.

Organización especial de la experiencia. Profesor Miguel Siguán.

Psicofisiología y psicopatología de la conducta alimentaria y sexual. Profesor Francisco Rodríguez Sanabra.

Diagnóstico y recuperación de los alumnos con dificultades del aprendizaje. Profesor Juan García Yagüe.

Dimensiones psicopedagógicas del rendimiento académico. Profesor Adelicio Caballero.

Psicología de la decisión vocacional. Profesor Carlos Castaño López-Mesas.

Dimensiones psicológicas de la deficiencia mental. Profesores Sánchez Moiso, Esther y Carmen de Pablo Marco.

Estudios y experiencias sobre motivación y formación en la empresa. Profesores José A. Forteza y José María Alonso Rodrigo.

Nuevas perspectivas de la psicología del trabajo. Profesor Miguel Ordóñez Ordóñez.

Revisión crítica del proceso de selección en la empresa. Profesores Enrique Cerdá y Romay Graña.

Psicología aplicada a la prevención de accidentes. Profesores Florentino Alonso Arenal y Linaza Artiñano.

Técnicas de psicodiagnóstico clínico. Profesores V. Conde López y M.^a E. Romano.

Técnicas específicas de modificación de la conducta. Profesores J. Guimón Ugartechea y Masana Ronquillo.

Procesos cognoscitivos y psicopatología. Profesor Isidoro Delclaux.

Sentido psicológico de la evolución del juego infantil. Profesor Francisco Secadas.

Análisis factorial de la conducta en el jardín de infancia. Profesor Eduardo Carbonell.

Pareja humana. Profesor Prieto Zamora.

La familia funcional como método de rehabilitación psicológica y de integración social. Profesor José María Arana.

La psicología pensada desde el grupo. Profesora Susana López Ornat.

Todos los colaboradores de las Ponencias y Mesas Redondas, así como todo socio que desee presentar algún trabajo al Congreso, deberá ponerse en contacto con el ponente o coordinador de M. R. a que corresponda su trabajo, con objeto de hacerle entrega de un resumen de, a lo más, 3 folios de su contribución, antes del 31 de octubre de 1978.

EL RECHAZO SOCIAL DE LA LOCURA

Doce horas en el servicio de urgencia de un PSIQUIATRICO

En el artículo del Colectivo de Psiquiatrizados en Lucha quisimos acercarnos a una cara del problema de la «locura»: la lucha contra la psiquiatría represiva por parte de los grupos que la sufren.

En este otro artículo pretendemos acercarnos a otra cara del problema: el rechazo social de la locura. No hemos hecho un artículo general sobre el rechazo, la marginación. Hemos estado doce horas en el servicio de urgencia de un hospital psiquiátrico anotando los casos que llegaron durante ese intervalo. Los casos apuntados no son historias clínicas desde un punto de vista técnico o psiquiátrico, hacen hincapié en un aspecto del problema: el psiquiátrico es el último eslabón de la locura, donde aterrizan las personas rechazadas por el ambiente concreto en donde vive el enfermo.

En definitiva, este artículo no pretende más que ser un espejo que muestre la cara más desagradable de la locura: como el sistema es el motor generador de este conflicto, por muy diversos cauces, y a la vez como este mismo sistema rechaza plenamente el producto de su obra, creando y propiciando instituciones que oculten a los locos y los alejen de la sociedad.

11 h. 45 m. Varón de cincuenta y cuatro años. Ha venido en una ambulancia del Ayuntamiento. Es un reingreso. Fue dado de alta hace cuatro meses. Dice que le han traído porque le ha dado un ataque. No sabe lo que le pasa en la cabeza. La gente dice que es porque bebe. No quería venir. Se quiere marchar. Está muy hostil. Dice que le da todo igual: que le corte la cabeza o que le pinchen, lo que sea. La vida no le merece la pena. Ahora que loco no está. No quiere ingresar. Llamó a la ambulancia su mujer. Dice que se pelearon porque ella dice que le cogió dinero. Se cayó y perdió el conocimiento. Le llevaron primero a otro centro sanitario y luego le trajeron aquí. Había bebido. Trabaja de camarero. Tiene cinco hijos. La Casa de Socorro lo envía diciendo que ingresó en estado de enajenación. Su ingreso anterior es por alcoholismo crónico. Por el papel con el que llegó, tiene que estar aquí al menos veinticuatro horas, prolongables a juicio clínico. Dice que no llamen a su mujer para que el doctor hable con ella, que se quiere ir.

12 h. 40 m. Mujer de cuarenta años. Clase media baja. La traen las hermanas porque molesta continuamente a los vecinos. Por las noches se

pone a gritar o a cantar y no deja dormir a nadie. Ella dice que son unos americanos que siempre la están molestando; entonces «se le ponen los nervios». Las hermanas dicen que molesta a todos, pero que los americanos son los únicos que se quejan y que van a llamar a la policía. El caso es un reingreso. El diagnóstico anterior es psicosis maníaco-depresiva. Las hermanas dicen que salió muy bien, pero que ahora está muy mal otra vez: el otro día se quiso tirar por la ventana; preguntan por esto que si no habría un sitio fijo donde tenerla.

13 h. 05 m. Anciana de setenta y siete años. Clase social baja. La trae la hija. Esta dice que está muy mala; ella añade que va andando y se cae. Vive sola y dice que le da mucho miedo. Nunca la han visto por cosa de nervios. La hija dice que no sabe qué le pasa. La paciente dice que la hija es su hermana; la razón es que, como vive sola, no es su hija. No sabe contestar a casi ninguna pregunta; dice que se le olvida todo. Dice la hija que se compra muchas medicinas y que va a ver a la madre todos los días. Normalmente ésta se hace la comida sola, pero estos días, que ha estado tan mala, iba a hacerla ella. La madre para poco en casa. A veces se pierde en sus paseos y es un problema.



16 h. 50 m. Llega una ambulancia desde otro centro que trae a un joven de diecisiete años, inconsciente en una camilla, aparentemente de clase media alta. Ha sido hallado así en su domicilio por ingestión de fármacos y posible intento de suicidio. No se encuentra a la familia para interrogatorio. Ha estado veinticuatro horas en observación en dicho centro. El psiquiatra de guardia cree que se encuentra en estado histérico, recomendando el traslado a este centro por falta de camas allí. Diagnóstico: crisis pitiática.

17 h. 15 m. Hombre de aproximadamente sesenta años. Aspecto de vagabundo. Ha sido encontrado caído en la calle. Viene enviado por la Casa de Socorro. Ha estado ingresado aquí otras veces por alcoholismo. Mientras ocurre la entrevista llora; con voz entrecortada se pregunta por qué sigue bebiendo, que sabe que le sienta muy mal, sobre todo en el estómago, pero que no puede evitar beber. Según él es un problema de debilidad.

17 h. 30 m. Mujer de aproximadamente treinta y cinco años. Teñida de muy rubia y vestimenta extravagante. Viene enviada por la Casa de Socorro, adonde ha sido conducida por la policía. Provoca frecuentemente situaciones conflictivas en la calle. Baila sola y se mete con la gente. ¿Por qué has venido? Estate aquí, le dijeron. ¿Quién? Don Martín. ¿Quién es? El de las excavaciones romanas. ¿Con quién vives? Con dos... Repite varias veces en voz baja, como ida: Con dos, con dos, con dos...

18 h. 00 m. Hombre joven de veintiocho años. Acompañado de su mujer. Dice que bebe, sobre todo desde hace dos años; dice también que bebe quizás por las malas compañías. Empezó cuando la mili. Tiene dos hijos. No trabaja; dice que por-

que desde que se emborracha no tiene fuerzas ni nada. Duerme mucho. La mujer dice que casi siempre está en la cama. El contesta que sí, pero que tiene pesadillas y que se despierta muchas veces con sudores fríos, pero que no ve bichos. La mujer no trabaja tampoco; no puede por los niños. Ambos se mantienen como pueden, con pequeñas ayudas de sus respectivas familias. Llevaba dos días sin beber. La mujer dice que porque no tenía dinero y que esta mañana le ha dado el ataque. Predelirio y síndrome de abstinencia. Desde el centro donde ingresó esta mañana lo envían aquí por falta de cama, por tratamiento de etilismo agudo. Ha estado ya en tratamiento en otros psiquiátricos. A pesar de que él y la mujer se contestan mutuamente, lo hacen con cierta cordialidad y sentido del humor.

19 h. 00 m. Mujer de veintiséis años. Viene acompañada por una sobrina de su marido. La trae porque el marido la maltrata constantemente. Ella dice a la paciente que no se deje engañar más por el marido, que viene a que le den el alta y luego la tiene sin comer, estando embarazada como está. La paciente está confusa. La sobrina le explica la situación con calma y cordialmente. Ella pregunta por su hija y dice de vez en cuando: «Vámonos a casa.» La sobrina le convence de que se quede; no puede volver a casa, los vecinos dicen que qué lastima, pero nadie hace nada por no enfrentarse con el marido. La paciente intenta comprender y hace preguntas sobre su hija. La sobrina contesta que no se preocupe porque ella la cuidará como hasta ahora. Le promete, además, que este verano se irán juntas al pueblo de su padre cuanto tengan vacaciones; que allí no puede ir ahora porque está mala y no la pueden tratar. La paciente ha estado ingresada ya tres veces más

aquí. Diagnosticada de retraso mental. Conoció a su marido aquí, donde también él estaba ingresado. Ella tenía un aspecto agradable. El último alta, a instancias del marido, fue hace cuatro días; desde entonces no ha comido, según la sobrina.

19 h. 10 m. Señora mayor de setenta años. La trae la hija, también mayor. La paciente no habla, está consciente, pero en estado de gran postración. Dice la hija que no duerme de noche, que da gritos y se golpea contra la pared; que no sabe lo que dice ni lo que hace. La trae de un centro donde le han tratado la crisis poniéndole una inyección que la ha tranquilizado. Allí le han dicho que la traiga aquí para ingresarla. La paciente suspira de vez en cuando.

19 h. 12 m. Mujer de aproximadamente treinta y cuatro años, de vestimenta extravagante. La ha traído la policía. Explica ella que le ha dado un ataque de nervios en la calle. Estoy muy nerviosa, dice. Ha estado ingresada aquí otras veces; le dieron el alta hace poco más de un mes. Dice que no quiere estar aquí, que a pesar del ataque quiere marcharse. Aquí, al ver a los enfermos, se pone peor. Está diagnosticada de psicópata alcohólica. Se dedica a la prostitución y cuando bebe se mete con la gente.

22 h. 10 m. Llega en una ambulancia desde otro centro sanitario una chica de diecisiete años. Intento de suicidio por ingestión de fármacos. Cuando llega aquí ya ha recuperado el conocimiento. La paciente dice que ha tenido demasiadas contrariedades, que está harta de la vida. No se arrepiente de lo que ha hecho. Dice que seguro que lo volverá a hacer, pero que la próxima vez lo hará mejor. Que la vida sólo le ha dado palos.



EL ELECTROSHOCK: UNA EXPERIENCIA PERSONAL



Con ocasión de la entrevista con el Colectivo de Psiquiatrizados en Lucha, y una vez terminada ésta, pudimos hablar con ellos respecto a multitud de temas relacionados con la práctica de la Psiquiatría.

Uno de estos temas fue el del electroshock. Pensamos que sería interesante, por una vez, oír lo que el loco, el que lo sufre, tiene que decir al respecto.

Marta, uno de los miembros del Colectivo, se prestó a contarnos su experiencia personal. Quizá poco técnica, pero absolutamente real.

«Os voy a contar cómo me aplicaron a mí el primer electroshock.

Por aquella época, estaba yo internada en uno de los «mejores» sanatorios o, por lo menos, en uno de los más caros de Madrid.

En un determinado momento me sobrevino una fuerte crisis de agresividad. La verdad es que estaba absolutamente agresiva. No me podían calmar, así que decidieron aplicarme un electro.

El proceso lo recuerdo muy vagamente, y sólo el principio. Primero me inyectaron un tranquilizante, que más tarde me durmió por completo. También me inyectaron un relajante muscular. Esto es muy importante. Las convulsiones son tales que si no es por el relajante, las fracturas de huesos serían constantes.

Después de esto ya no recuerdo nada más.

(Lo que sigue es fácil suponer: la aplicación de los electrodos en la sien del sujeto y una corriente eléctrica de una intensidad superior a 100 voltios

que le recorre durante una fracción de segundo.)

Tardé dos días en despertarme, y cuando lo hice, no recordaba nada, excepto mi nombre y a mi hija. Constantemente preguntaba qué pasaba y qué hacía allí. Me iban a visitar y era incapaz de recordar si era la primera vez que venían o si lo habían hecho en otras ocasiones.

La amnesia era prácticamente total, y eso es terrible. Recuerdo que tampoco podía andar, y que para hacerlo me tenía que sujetar por los hombros la monja que me cuidaba.

A propósito de esto. Cuando desperté y vi a la monja tuve una regresión y creí que estaba de nuevo en el colegio donde estudié de pequeña, y como tal me comportaba: no quería comer, tiraba los platos, lloraba, etc... Tampoco soy capaz de recordar cuántos electros me aplicaron, pero desde luego fueron más de dos.

Con este número la capacidad de recordar no se pierde. Poco a poco vuelvo a recordar todas mis vivencias anteriores, pero conozco a un chico al que le han aplicado más de 25 electros y, que al cabo ya de cuatro años, aún no puede recordar gran parte de las cosas ocurridas antes del «tratamiento».

Los psiquiatras, en una de las explicaciones de «¿por qué el electroshock?», dicen que la relación terapéutica se deteriora paulatinamente, y con el electro, esta relación se vuelve a establecer.

En mi caso, sucedió todo lo contrario. Consideré el electro como un ataque y reaccioné de forma totalmente diferente a la esperada por el psiquiatra.

Para terminar, me gustaría utilizar una cita que descubre un aspecto que no he tocado: el del miedo incontrolado (por desconocido) que al electro tiene el loco:

«... La segunda idea está relacionada con el miedo del paciente a la terapia, que en muchas ocasiones le lleva a querer interrumpirla. Cuando se le pregunta la razón responde: "No lo sé; tengo miedo". "¿Miedo de qué?" "No lo sé, estoy asustado." "¿Pero estaba angustiado por algo, sintió algún dolor?" "No, pero tengo miedo."»

Debe haber alguna reminiscencia —memoria orgánica— de la primera reacción «miedo-defensa». Creo que el nombre «miedo-defensa» expresa la significación biológica de los ataques epilépticos. La fase de terror, aunque se desarrolle en estado inconsciente, produce cambios específicos bioquímicos y psicológicos en el organismo que, más tarde, surgen en el plano consciente (1).

(1) R. D. Laing: *Las cosas de la vida*, recogido del «American Journal of Psychiatry», 107/2 (agosto 1950). De un artículo de Ugo Cerletti.

SOMOSAGUAS: RAZONES Y RIESGOS DE LOS CAMBIOS EN NUESTRA FACULTAD

RAFAEL BURGACETA

Profesor de Psicología Diferencial.

Secretario de la Facultad.

Miembro de la Comisión Permanente en la Sección de Psicología

EL curso 1978-79, recientemente iniciado, ha traído consigo en la Facultad de Psicología una serie de innovaciones, más o menos gratas o ventajosas para algunos estudiantes y probablemente poco comprendidas por la mayoría, incluso por quienes no se ven directa o notablemente afectados por ellas. La carencia de unos canales de comunicación eficaces y reconocidos —carencia, por lo demás, tristemente compartida por la mayoría de las instituciones universitarias de nuestro país— me ha animado a aceptar la cordial invitación que se me hace para que redacte unas breves líneas que sirvan de explicación razonada, si no de justificación, de la introducción de algunas de estas novedades. Quisiera que lo que sigue a continuación estuviera desprovisto de todo matiz triunfalista, para lo cual intentaré no escatimar la crítica ni el reconocimiento de la aparición de nuevos problemas que, en ocasiones, no se habían podido prever.

El marco institucional de la nueva Facultad de Psicología

Es difícil que en nuestra Universidad las reformas, las innovaciones, incluso las aparentemente más beneficiosas, no den la impresión de

parches o de soluciones de urgencia que no afectan al fondo del problema. Este fondo probablemente esté constituido, en opinión de muchos, porque las estructuras universitarias mantienen un centralismo y un verticalismo rígidos y anticuados, porque anticuados son los sistemas de selección y promoción de sus cuerpos docentes, porque sus sistemas de financiación son complejos y frecuentemente injustos, y porque, incluso, sus métodos pedagógicos son poco adaptados y nada controlados.

Que esta opinión, tan generalizada especialmente entre los estudiantes, no carece de base parece confirmarlo el hecho de que la nueva Ley de Autonomía Universitaria, que actualmente está sometida a una cuarta revisión antes de su discusión en las Cortes, intentan afrontar con más o menos fortuna muchos de los defectos señalados.

Resulta evidente que nuestros problemas como Facultad de Psicología y Facultad, además, de reciente creación, hay que inscribirlos en el marco de esta situación general de la Universidad. Situación en que nos hallamos como encorsetados incluso los mayores partidarios del principio de que «la ley es para el hombre y no el hombre para ley». Más todavía: dentro de este marco universitario en que estamos insertos nuestra Facultad está sometida a ciertas



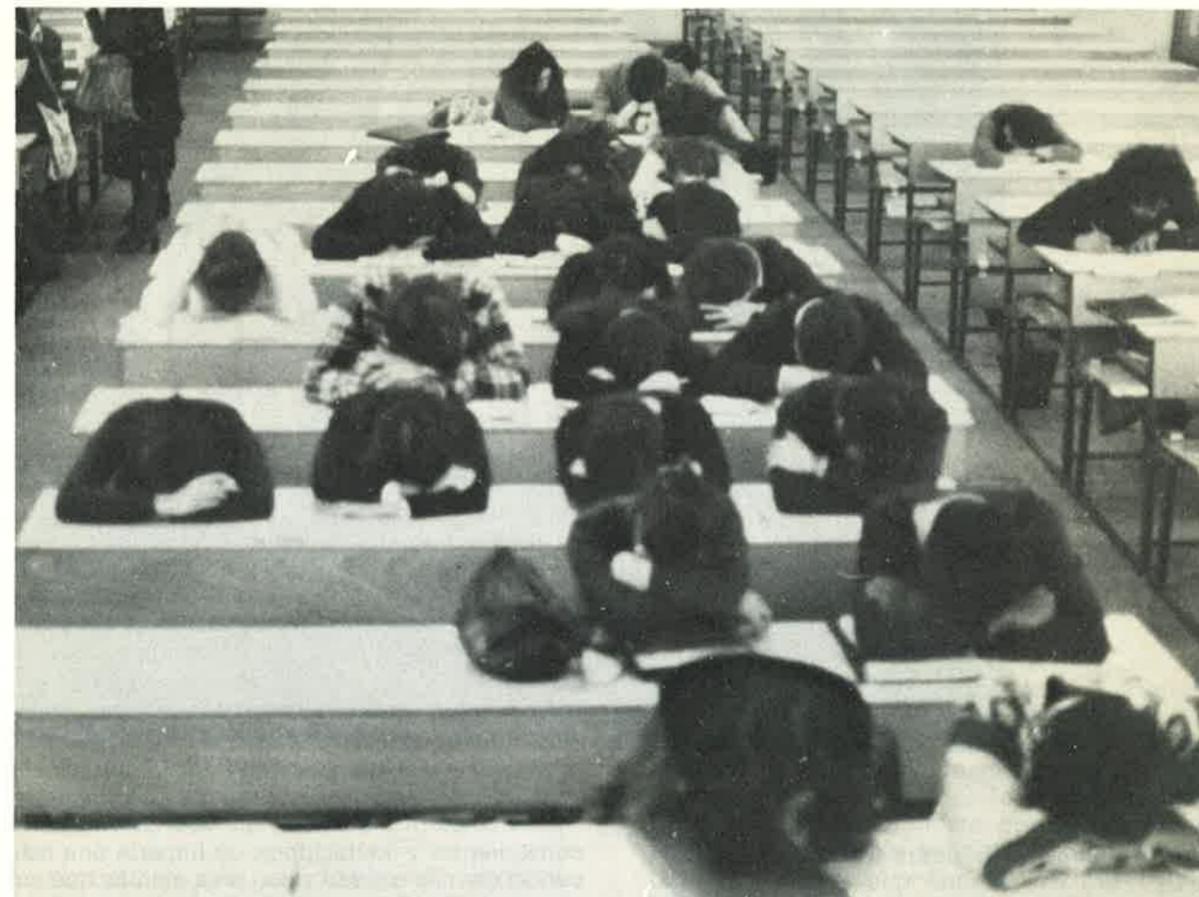
discriminaciones (algunas de ellas saldrán a la luz en estas mismas líneas), solo parcialmente explicables en razón de lo breve de nuestra presencia en la Universidad.

La Facultad de Psicología de la Complutense (hasta ahora, conviene recordarlo, la única Facultad autónoma que imparte esta clase de enseñanza en España) se ha encontrado, en efecto, con una situación similar a la de las naciones a las que se concede la independencia política sin que dispongan de las condiciones suficientes para ser dueñas reales de sus destinos. La base sobre la que esta Facultad ha comenzado a funcionar autónomamente está constituida por un número elevado de alumnos (somos en este aspecto la cuarta Facultad de la Complutense), por unos recursos económicos bastante menos elevados (somos en este aspecto la treceava Facultad de la Complutense), por un cuerpo docente generalmente joven y numéricamente insuficiente, por unos edificios aceptables (si no ideales) y por unas grandes dosis de buena voluntad por parte de todos. Los gráficos 1 y 2 pueden servir para ilustrar estas afirmaciones.

El marco profesional de nuestra Facultad

Frente a estas realidades, más bien escasas, de la Facultad de Psicología se alza el problema más inquietante de cuantos nos afectan: el panorama profesional que se plantea a la mayoría de los titulados en Psicología de nuestro país. Los puestos de trabajo son escasos, las áreas profesionales se superponen, en ocasiones, con las de otros profesionales, se carece de organizaciones profesionales de defensa de los propios intereses e incluso de un estatuto profesional que delimite competencias y evite el intrusismo. Y, como si esto fuera poco, podemos contar con la sistemática indiferencia de la Administración ante las repetidas gestiones que ante ella se hacen para solucionar, aunque sea parcialmente, este panorama.

Aunque, por supuesto, es muy discutible que la Universidad sea fundamentalmente una oficina expendedora de títulos, no cabe la menor duda que el título profesional y su futura posibilidad de ejercicio son una importante motivación para los estudiantes. Si las dificultades



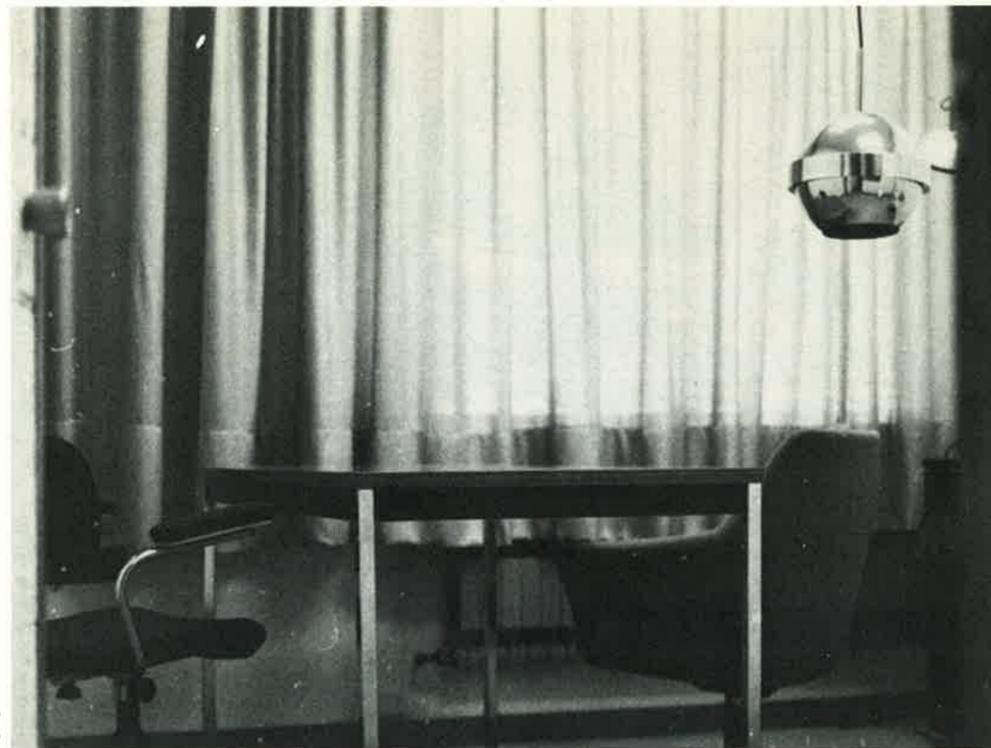
para este ejercicio se presentan como insalvables, este hecho no puede por menos de contribuir a la creación de un peligroso clima de inquietud, de frustración entre los futuros psicólogos. Y esta frustración produce con frecuencia una agresividad desplazada hacia la misma institución universitaria. La Universidad puede tener muchas culpas, pero es evidente que entre ellas no puede citarse la de ser responsable de la situación profesional de los psicólogos. A no ser que se reproche a los centros de enseñanza de la psicología el no imponer una fuerte selectividad para el ingreso en ellos. Y esta solución —si así puede llamarse—, que ya ha sido propuesta por grupos de profesionales, no forma parte en absoluto de las actuales reivindicaciones estudiantiles.

El problema del número de estudiantes

Acabo de aludir a uno de los problemas capitales de nuestra Facultad, a una de las situacio-

nes que parecen justificar las nuevas medidas organizativas que se han adoptado: el número excesivo de estudiantes. El calificativo de «excesivo» no puede parecer a nadie exagerado, si se tiene conocimiento de que, en el pasado curso 1977-1978, estudiaban psicología en los distintos centros universitarios de España más de 30.000 alumnos. De ellos, 7.358 lo hacían en la Facultad de Psicología de Somosaguas. Este número implica que en los próximos años saldrán, en todo el país, de 4.500 a 5.000 nuevos titulados por curso y que, en el caso concreto de nuestra Facultad, esta cifra alcanzará cerca del millar. Pretender que el mercado español de trabajo pueda absorber este número de nuevos licenciados, al tiempo que se soluciona el problema de los psicólogos en paro, es sencillamente utópico.

Y junto con el problema del número, y en relación íntima con él, el problema de la calidad de los nuevos titulados. Es evidente que el país necesita psicólogos y que gran parte del problema del paro está provocado por una carencia injusta de puesto de trabajo, que la sociedad



Nuestros laboratorios

española exige para cubrir unas necesidades reales. Pero es evidente que el país necesita «buenos» psicólogos. Y unos buenos profesionales de la psicología, como de cualquier otra titulación, no pueden lograrse a través de una formación masificada.

La razón alumno/profesor de nuestra Facultad es la más alta de toda la Universidad Complutense, como se puede comprobar en el gráfico 3. Y esta razón de 52 alumnos por profesor no puede disminuirse aumentando el número de grupos, porque ni hay aulas para nuevos grupos, ni hay dinero para la contratación de nuevos profesores. La única salida es la reducción del alumnado, recurriendo a los dos métodos que parecen menos injustos: la admisión exclusiva de los candidatos que, según la ley, tienen estricto derecho a estudiar en la Complutense y la elevación del nivel de exigencia de la enseñanza, de modo que solamente los más capaces y más motivados continúen los estudios en la Facultad.

La primera parte de la solución, que ya ha comenzado a aplicarse con relativo rigor este año, implica el que nuestra Facultad no puede ser por más tiempo la madre generosa que acoge indiscriminadamente a todos los alumnos de diversos distritos universitarios, que desean venir a Somosaguas porque, con todos sus in-

convenientes y limitaciones, se imparte una docencia de más calidad y con más medios que en otros centros. Esta actitud generosa es, en el fondo, discriminativa, por cuanto la verdadera solución no está en convertirnos en el «espejo de la enseñanza psicológica» sino en potenciar la calidad de los centros de otras Universidades, y por cuanto los alumnos que pueden permitirse el lujo de venir a estudiar a Somosaguas, en lugar de hacerlo en los centros de su Distrito, no son ni los mejores ni los más motivados, sino los económicamente más privilegiados.

La segunda parte de la solución, la elevación de la calidad y de la exigencia de la enseñanza, implica una serie de medidas impopulares, encaminadas a la desaparición de las condiciones en que hasta ahora se ha desarrollado la enseñanza en los turnos de tarde y noche

Es evidente que los alumnos del turno de mañana tienen un total aproximado de 22 horas lectivas por semana. Los alumnos de tarde y noche tenían solamente 15 lectivas por semana. A lo largo de todo un curso, esta diferencia podría sumar un total aproximado de 175 o 200 horas lectivas de ventaja para los estudiantes de mañana. Y a este hecho hay que añadir que muchos de los profesores que atienden los cursos de tarde y noche ni tienen tiempo ni oca-

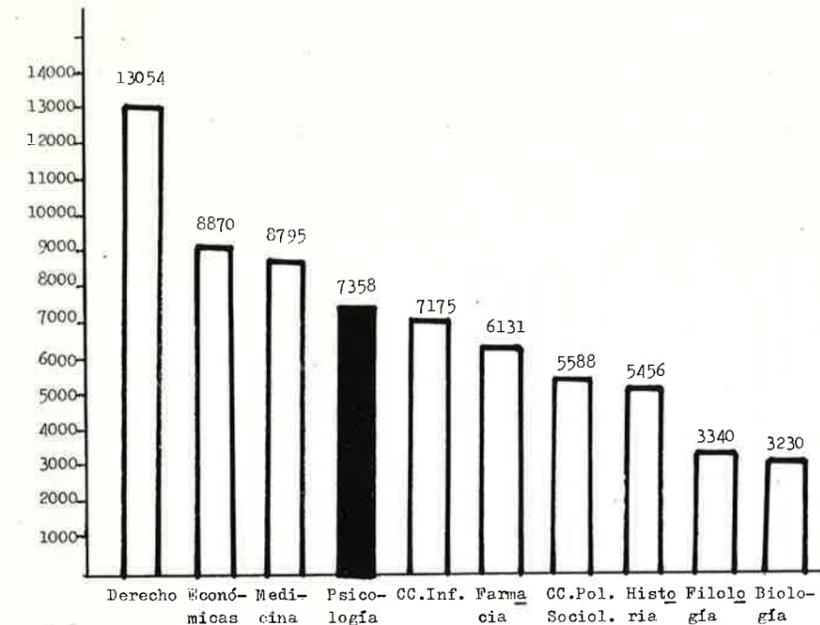


GRAFICO 1

Alumnos totales (oficiales y libres) de las diez Facultades más numerosas de la Universidad Complutense. Curso 1977-78.

sión de atender a sus alumnos fuera de las horas estrictamente lectivas.

La solución buscada: supresión del turno de tarde y adelantamiento en hora y media del comienzo del turno nocturno, tiene como finalidad terminar con el señuelo de que se trata de una «licenciatura fácil» la obtenida con estos horarios.

¿Se trata de una solución ideal? Evidentemente, no. Y ello por dos razones: porque no hay solución ideal posible para una persona que trabajando cuarenta o más horas a la semana, pretende estudiar un curso completo de cinco asignaturas a nivel universitario. Un intenso horario laboral, que apenas da margen para asistir a las clases, impide, con mayor razón, la preparación de los temas, la redacción de trabajos, las lecturas y ampliaciones particulares. La segunda razón es que el actual sistema de organización por cursos es arbitrario e injusto para el estudiante-trabajador, ya que pone trabas a la planificación del propio ritmo de estudio, según las variables condiciones laborales de cada uno. Un sistema de créditos, formados por conjuntos de asignaturas, tal y como se encuentra establecido en otras muchas Universidades extranjeras, posibilitaría esta autoplanificación.

Mientras esto no se consiga, mientras no se eliminen las trabas burocráticas ligadas al concepto de curso, mientras no se aumente el número de asignaturas optativas y las horas que los profesores pueden emplear para la atención de los alumnos, parece inevitable que cualquier medida de elevación del nivel de exigencia va a afectar preferente y discriminativamente a los alumnos que trabajan.

El problema económico en la Facultad

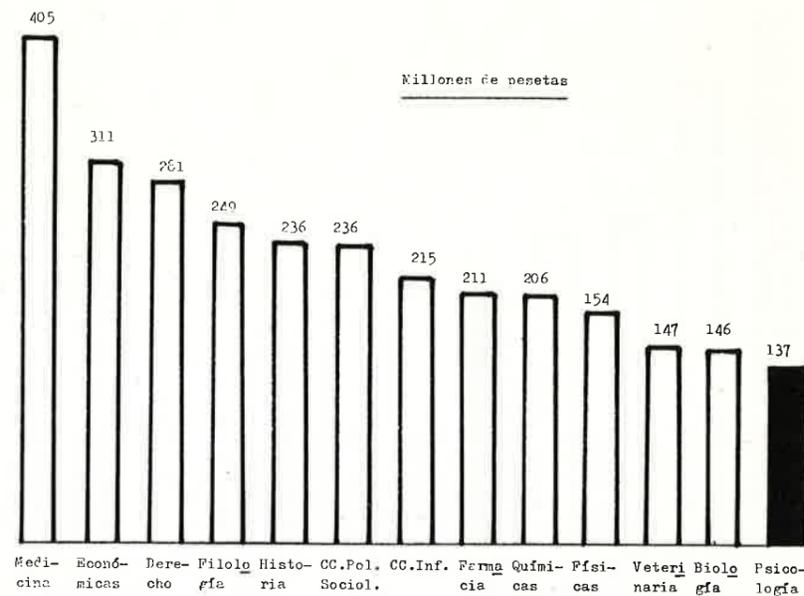
Las soluciones apuntadas al final del párrafo anterior implican el planteamiento de los escasos recursos económicos. Toda solución que suponga un mayor número de profesores, un papel más amplio de asignaturas optativas, un mayor número y variedad de instrumentos de experimentación, carga gravemente nuestro presupuesto. Pero aquí precisamente nos encontramos con uno de los aspectos más graves y desconocidos de la Facultad de Psicología.

Si el lector se molesta en analizar superficialmente los datos recogidos en el gráfico 4 quedará asombrado. Todos estamos acostumbrado a oír a través de los medios de comunicación que el costo real de un universitario a lo largo de un curso académico oscila entre las 60 y las 80.000 pesetas. Pues bien, obsérvese el costo real de un estudiante de nuestra Facultad: ¡18.000 pesetas!, de las cuales 10.000 las satisface de su propio bolsillo al pagar la matrícula. No se trata de establecer comparaciones odiosas. Es lógico que Facultades con un número de estudiantes notablemente inferior al nuestro presenten unos gastos por alumno muy superiores (es el caso, por ejemplo, de la Facultad de Geológicas). Pero evidentemente, y sin entrar en limitar los presupuestos de nadie, nuestra situación económica es de una discriminación lacerante.

Por eso, a la hora de pedir un presupuesto mayor, creemos que nuestros derechos son indiscutibles. Y creemos también que, a la luz de estos datos, el sólo hecho de que sigamos fun-

GRAFICO 2

Presupuesto de gastos corrientes de las trece Facultades más costosas de la Universidad Complutense. Curso 1977-78.



cionando medianamente bien es un verdadero éxito.

Las clases prácticas y los alumnos libres

Nuestro bajo costo por alumno podría inducirnos a buscar una solución cómoda: no hacer nada hasta que los medios económicos concedidos aumenten sustancialmente. Una solución cómoda, pero tan ineficaz que probablemente llevaría a la clausura de la Facultad. La filosofía o, si se prefiere, la estrategia que se ha seguido en los estudios universitarios de psicología en esta Universidad ha sido precisamente la contraria: comenzar como se pueda, y esperar a que los medios vayan mejorando. Es una estrategia arriesgada, posibilista, y que frecuentemente produce muchos sinsabores a todos. Pero, de hecho, es la que hizo posible el inicio de unos estudios universitarios de psicología, cuando la psicología era casi considerada una «ciencia maldita». Es la que nos ha permitido tener una instalaciones muy superiores a las de cualquier otro centro de nuestro mismo nivel, es la que, más recientemente, ha posibilitado el que seamos la única Facultad de psicología. La estrategia posibilista no implica, como algunos pretenden, conformismo, sino exigencia firme ante lo que creemos que con toda certeza se nos puede conceder, sin caer en la demagogia de pedir lo que honradamente sabemos es imposible en las actuales circunstancias.

Es siguiendo este posibilismo como se han iniciado con cierto rigor las clases prácticas en el curso nocturno y se han intensificado en el turno de mañana. Ya se previó que su realización era arriesgada, por suponer un serio sacrificio para los estudiantes que trabajan y porque, tal vez, su calidad en este primer año de experiencia no fuera elevada. El número de profesores ayudantes de clases prácticas de nuestra Facultad (34 en el curso 1977-78) es muy inferior al de otras Facultades que, con menos estudiantes, disponen de cerca de 200. Pero si las prácticas no se hubieran iniciado bajo estas condiciones casi calamitosas, se retrasaría notablemente no sólo la mejora del nivel de docencia, sino también la posibilidad de pasar a ser Facultad experimental.

Por lo que se refiere a los alumnos libres, de todos es sabido que el número elevado de los mismos (2.192 en el pasado curso) es debido a la actual legislación que impide la matrícula oficial al estudiante con más de dos asignaturas pendientes. La inmensa mayoría de estos alumnos libres acuden a clase, son aceptados por los profesores como asistentes, hacen exámenes parciales y, a todos los efectos, gravan sobre la Facultad como si fuesen oficiales. Por esta razón se ha arbitrado en este nuevo curso el dar una situación legal a estos estudiantes, recurriendo a la figura de «alumno libre autorizado», que prácticamente tiene todos los derechos, pero también todas las obligaciones del alumno oficial, en espera de que la actual legislación se modifique. La situación anterior ponía al alumno libre a disposición de la benevolencia

0 5 10 15 20 25 30 35 40 45 50 55 60

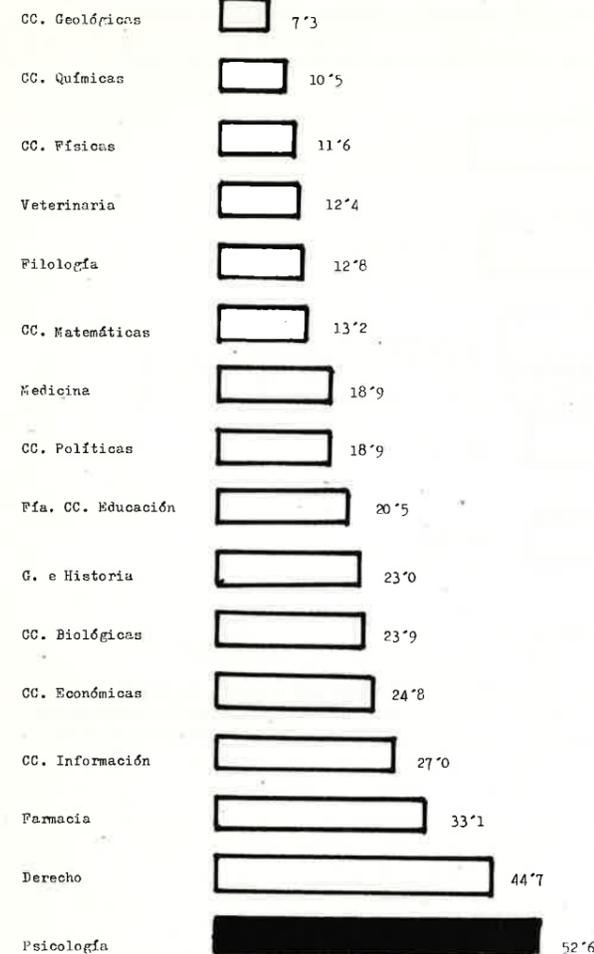


GRAFICO 3

Número de estudiantes por profesor en las 16 Facultades de la Universidad Complutense. Curso 1977-78.

o del capricho del profesor y, al tiempo, le privilegiaba frente al oficial, puesto que prácticamente acudía al grupo de enseñanza que le parecía mejor, posibilidad que los alumnos oficiales no tienen.

¿Conspiración contra el nocturno?

Ya he hecho referencia a la modificación de horarios que ha afectado seriamente a los estudiantes de tarde y noche. A esto hay que añadir

un cierto rigor que se ha establecido en la admisión de estos estudiantes, al exigirles el certificado de trabajo y de la seguridad social. ¿Se trata realmente de convertir la carrera del alumno que trabaja en una especie de competición de salto de obstáculos? A primera vista, así parece. En realidad, se trata precisamente de todo lo contrario. En efecto, la existencia de un turno nocturno o vespertino no es una medida paternalista ni caritativa. Es algo que parece elemental, si se quiere mantener un mínimo de igualdad de oportunidades para las personas que, en su mayor parte, por serios condicionamientos económicos se ven obligadas a trabajar por las mañanas. Pudiera arbitrarse un sistema menos discriminatorio, como la concesión de becas suficientes, la provisión de trabajos compatibles con el horario normal de clases, etc. Pero, de hecho, estas soluciones entre nosotros son parciales e imperfectas.

Ante esta situación, las clases nocturnas son una solución sacrificada para todos (profesores y alumnos), pero ineludible. No se puede admitir, sin embargo, que lo que para unos es triste necesidad para otros se convierta en una excelente ocasión de realizar una carrera «cómoda». En efecto, se comprobó que un número relativamente elevado de alumnos matriculados en turnos de tarde y noche no trabajaban en absoluto. Estos alumnos «pseudotrabajadores» incrementaban con su presencia el tamaño de los grupos de tarde y noche. La consecuencia era clara: la enseñanza se hacía aún más masiva precisamente para los estudiantes que, por su falta de tiempo, necesitan una atención más individual.

Por otra parte, nadie puede decir que las normas de admisión se hayan aplicado siguiendo criterios de rigor. Todo lo contrario: la Junta de Facultad insistió en que se admitieran todos aquellos alumnos que, sin cubrir con exactitud los trámites, dieran pruebas razonables de estar trabajando. Y, por supuesto, queda abierta la posibilidad de pasar al turno de noche para aquellos estudiantes que, en los primeros meses de curso, encuentren un puesto de trabajo.

Creo que estas medidas han producido el efecto apetecido. Los grupos de mañana se han visto incrementados y los de noche reducidos. Actualmente, hay cursos en que, frente a grupos diurnos de algo más de 100 alumnos, tenemos grupos nocturnos de poco más de 50. Este desequilibrio se corregirá en los próximos años, pero, en cualquier caso, la actual situación, por favorecer al estudiante que trabaja, es más justa que la que se daba en cursos anteriores.

* * *

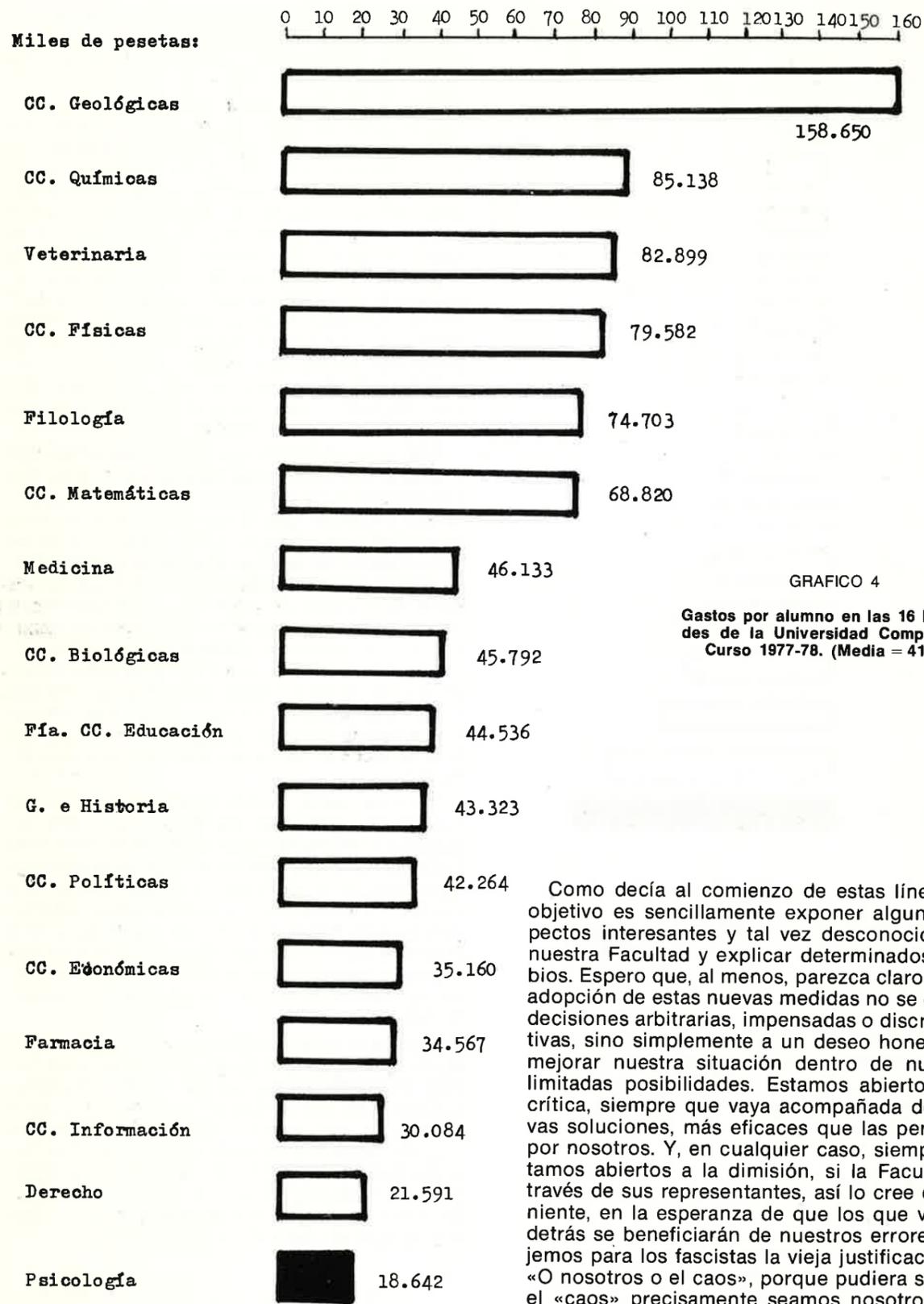


GRAFICO 4

Gastos por alumno en las 16 Facultades de la Universidad Complutense. Curso 1977-78. (Media = 41.416)

Como decía al comienzo de estas líneas, su objetivo es sencillamente exponer algunos aspectos interesantes y tal vez desconocidos de nuestra Facultad y explicar determinados cambios. Espero que, al menos, parezca claro que la adopción de estas nuevas medidas no se debe a decisiones arbitrarias, impensadas o discriminatorias, sino simplemente a un deseo honesto de mejorar nuestra situación dentro de nuestras limitadas posibilidades. Estamos abiertos a la crítica, siempre que vaya acompañada de nuevas soluciones, más eficaces que las pensadas por nosotros. Y, en cualquier caso, siempre estamos abiertos a la dimisión, si la Facultad, a través de sus representantes, así lo cree conveniente, en la esperanza de que los que vengan detrás se beneficiarán de nuestros errores. Dejemos para los fascistas la vieja justificación de «O nosotros o el caos», porque pudiera ser que el «caos» precisamente seamos nosotros.

PASADO Y PRESENTE DE UN PROBLEMA

LA PSICOLOGIA EN ESPAÑA

Actualmente existe una idea bastante difundida entre los diferentes estamentos de trabajadores de la psicología (estudiantes, profesores y profesionales), según la cual nuestros problemas actuales se resolverían si tuviésemos un estatuto y un colegio profesional. Ante esto yo me preguntaría y preguntaría a estos sectores: ¿Cuáles son las causas que determinan que no tengamos, después de varios años de existencia, las dos cosas anteriormente citadas? Este artículo pretende dar una respuesta a este interrogante a través de un análisis histórico de cómo y cuándo nace la psicología, a qué razones debe su creación y bajo qué marco se ha desarrollado en el Estado español hasta nuestros días. No pretende ser un análisis acabado, sino solamente el inicio de un debate, de una reflexión totalmente necesaria, si realmente queremos solucionar todos nuestros problemas.

La psicología en el Estado, anteriormente a los años 1959-60, tuvo un desarrollo muy precario debido principalmente a las inexistencias de una demanda de servicios psicológicos (1). Es a partir de estos años, coincidentes con el plan de estabilización, cuando empieza a aumentar la demanda y consciencia de la necesidad de estos servicios. Con la puesta en práctica de este Plan se van a intentar poner las bases para, por un lado, «racionalizar» el sistema y adaptar definitivamente la economía española al funcionamiento y a los mecanismos de los mercados internacionales, de las economías más desarrolladas (2), y por otro, para abrir la sociedad española a las formas, hábitos y pautas culturales y de consumo propias de estas economías y

particularmente del imperialismo de los EE.UU.

Es a partir de estos hechos cuando van a comenzar a surgir, con una mayor intensidad, unas nuevas necesidades, tales como la selección de personal, la adaptación del hombre al trabajo, las técnicas de formación de directivos, los estudios de mercado... Al mismo tiempo van a comenzar a introducirse nuevos tipos de valores, pautas y hábitos adaptados a las exigencias que provoca el modo de vida de los capitalismos desarrollados, por ejemplo, la «American Way of Life». Lo que en otros países se desarrolló en un período de tiempo más o menos largo, en nuestro estado se va a desarrollar bastante bruscamente, cosa que si va unida al mismo tiempo con la existencia de unas estructuras (instituciones) sociales completamente represivas y no adaptadas a las nuevas exigencias del capitalismo, va a provocar un aumento muy grande de la conflictividad mental, cuyas manifestaciones más sobresalientes vienen dadas por crisis de valores, inadaptaciones, marginaciones sociales.

«En este sentido conviene señalar que el desarrollo de la Psicología (...) está incluido dentro de las necesidades que el mayor desarrollo de la técnica y la división social del trabajo han planteado a las sociedades económicamente desarrolladas de nuestro tiempo: por un lado, una mayor racionalización del trabajo que pudiera lograr una adecuación de la población trabajadora a las necesidades del mercado; por otro lado, una creciente necesidad de reinserir en la vida social a los inadaptados, enfermos y marginados; en este sentido la psicología ha-



bría nacido para eliminar en la medida de lo posible los costos sociales que van implicados en el desarrollo capitalista» (3).

El gran crecimiento industrial de los años 60 (4) y el incremento de todas las constantes ya expuestas crean las condiciones para la constitución en el año 68 de los estudios de psicología a nivel de facultad universitaria.

La improvisación hace mella desde el primer momento de nuestra existencia; nacemos como una subsección de la Rama de Filosofía pura de la Facultad de Filosofía y Letras; el número de estudiantes que se matricula es bastante grande: se contabilizan 500 personas; las clases se daban en el paraninfo del edificio A de Filosofía; no había biblioteca, ni laboratorio (hoy en día tampoco hay). Las asignaturas tenían un marcado carácter filosófico, la falta de profesorado es muy grave...

La necesidad de psicólogos es evidente; sin embargo, surge el primer obstáculo: la imposibilidad económica, aspecto que está muy ligado a la aparición de los primeros síntomas de la

crisis económica mundial y a la inestabilidad política general. Sirva a modo de ejemplo la Ley General de Educación (1970), en la cual se prevén la creación de gabinetes psicopedagógicos en los centros escolares, gabinetes que nunca llegaron a ponerse en funcionamiento debido a que no había dinero para su financiación. Al mismo tiempo si el número de parados va en aumento, la reinserción de los inadaptados a la sociedad, y en concreto la reinserción a la producción como fuerza de trabajo, deja de ser su objetivo principal.

En primer lugar había que solucionar aquellos problemas más primarios que son fuente de descontento social, como la falta de escuelas, el número de parados, etc., pasando a un plano muy secundario la demanda de servicios psicológicos. Como ejemplo del interés que tiene en la psicología actualmente la burguesía podemos citar los repetidos y vanos intentos por parte de la sección de Psicología del Colegio de Doctores y Licenciados para que las instituciones del Estado encargadas de ello (el M.E.C. y la presi-

dencia de gobierno) aprobaran la creación de un colegio profesional y, por consiguiente, de un estatuto (5).

Es a partir de las premisas anteriores desde donde debemos enfocar la actual situación, situación por demás verdaderamente caótica:

— Nuestra profesión no está reconocida legalmente. Nos falta el Estatuto Profesional. Falta que puede provocar intentos, como el ocurrido en Valladolid el año pasado, de creación de una escuela de psicología clínica para médicos, que les daría la posibilidad de obtener un diploma en breve plazo de tiempo, mientras que el psicólogo necesita siete años para una completa formación.

— No tenemos un colegio profesional que defienda nuestros derechos.

— El paro alcanza cifras cada vez más alarmantes.

— La poca psicología que se practica se hace en su mayor parte de modo privado, concebida como un bien de lujo y costoso, inaccesible a la mayor parte de la población.

— Formación del psicólogo exclusivamente teórica, aunque ésta, en la mayoría de los casos, es insuficiente.

— Los medios materiales con que cuentan las Facultades son verdaderamente ridículos.

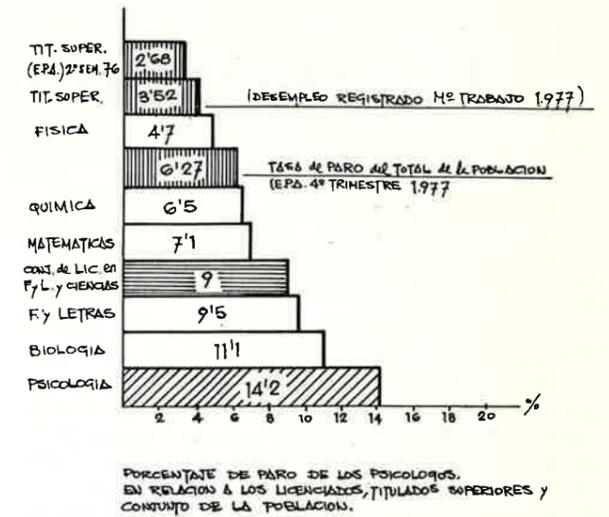
Y, sin embargo, aunque los estudiantes sabemos esto, no hacemos nada para que cambie; nos dedicamos a tragarnos lo que nos echen, a ser unos perfectos amanuenses, a conseguir el título por encima de todas las cosas (gran paradoja en la medida en que el título nos lleva irremediablemente a no ejercer la Psicología).

Este año, y tras los sucesos de Valladolid, se ha creado a nivel estatal una coordinadora de psicología, paso, a mi modo de ver, muy importante de cara a la conjunción de esfuerzos en pos de la consecución de todas nuestras reivindicaciones. Coordinadora que ha decidido, entre otras cosas, realizar un amplio debate en todos los centros de estudio y secciones profesionales del Estado sobre la función social del psicólogo, el Estatuto profesional, los estudios de Psicología y el colegio profesional, debate muy necesario e importante de cara la clarificación y toma de conciencia sobre la Psicología.

NOTAS

(1) Antes de 1959 podemos destacar los siguientes datos: En 1902, en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid, se crea una asignatura que se llama Psicología Experimental. En 1928 se crea el Instituto de Psicotecnia de Madrid y Barcelona. En 1950 se crea la Escuela de Psicología de San Bernardo, en Madrid (necesidad de formación, psicotécnica de directivos y técnicos de empresa). En 1952

SITUACION OCUPACIONAL



SITUACION LABORAL

- 1.— Paro forzoso: 14 por 100.
- 2.— Paro encubierto: 46 por 100 dedicados a la enseñanza.
- 3.— Subempleo: Sólo el 23 por 100 (de los que trabajan) tienen una jornada laboral que les ocupa más de cuarenta horas semanales. Por ello, el 77 por 100 están en subempleo. El 43 por 100 tienen una jornada laboral inferior a treinta horas.
 - Retribuciones: 27 por 100 de los que trabajan ganan menos de 250.000 ptas/año.
 - Estudios: 75 por 100 de los en paro estudian, 50 por 100 de los que estudian preparan oposiciones.
 - Movilidad: 34 por 100 de los que cambian de trabajo lo hacen buscando mejoras económicas.

se crea la Sociedad Española de Psicología, cuya función es la de velar y tutelar la investigación y la enseñanza en la materia.

(2) Juan Muñoz, Angel Serrano, Santiago Roldán, *La internacionalización del capital en España*. Ed. «Cuadernos para el Diálogo», pág. 9.

(3) *Cuadernos de psicología*. «La situación del psicólogo en España», diciembre 1973.

(4) Este mismo año el empresariado catalán subenciona una escuela para postgraduados que versará sobre Psicología Industrial.

(5) Como ejemplo de esto está la petición surcada el 25 de octubre de 1976 por la sección de Madrid del colegio, petición hecha al M.E.C. y a la Presidencia de Gobierno; todavía se está esperando contestación.



gráficas ema miguel yuste, 27 - tefs. 2045716 - 7542075 - madrid-17

·revistas

·folletos

·displays

·libros

·posters

·catálogos

